

Padre Juan B. Lehmann

LA VIGILANCIA

Es necesaria la vigilancia: a) *Porque el enemigo no duerme.* De la falta de vigilancia de aquéllos aprovechó éste para perjudicar a la mies. ¿Quién no ve en esta parábola un aviso de Nuestro Señor, para que no nos entreguemos al sueño, mientras la presencia y la actividad del enemigo nos aconsejan estar alerta?

El enemigo no duerme, ronda en derredor nuestro 'como león que ruge, buscando a quien devorar'. (I Pedro, V, 8). Ni el demonio duerme, ni sus cooperadores, y así el mundo hace cuanto puede por arrebatarlos la fe, y nuestras propias pasiones nos ofuscan y pervierten si no conseguimos dominarlas.

b) *'Porque llevamos un tesoro en vasos quebradizos'*, dice el Apóstol de las gentes (II Cor, IV, 7). Importa, pues, caminar con cautela. Basta un pecado mortal para perder en un instante todos los merecimientos adquiridos en largos años de trabajo. Un solo pensamiento es capaz de privarnos del derecho a los mayores favores de Dios.

c) *Porque la muerte nos saltará como un ladrón.* Sabemos que la muerte es segura, pero desconocemos la hora en que llegará. Sabemos que la muerte vendrá a sorprendernos en el instante que menos la esperemos. 'Vigilad — nos advierte el Salvador— porque no sabéis a qué hora llegará el Señor; mas sabed que si el padre de familia conociese la hora en que había de llegar el ladrón, vigilaría sin duda, y no consentiría que su casa fuese asaltada. Por eso, estad preparados, porque en la hora que menos penséis, vendrá el Hijo del hombre'. (Mat., XXIV, 44).

d) *Porque el Evangelio lo recomienda.* ¡Velad y orad! El Evangelio, en numerosos pasajes nos aconseja insistentemente la vigilancia y la oración.; 'Velad y orad para que no caigáis en la tentación' (Mat., XXVI, 41). Vigilancia y oración deben ir inseparablemente unidas. Quien vigila conoce su propia flaqueza y los peligros que le amenazan. Quien no vigila, o no reza, o lo hace mal, fatalmente caerá, porque no puede el hombre servir a Dios y elevar su alma hacia El, y al mismo tiempo apartar; de El su amor, para consagrarlo a las criaturas.

e) *Deben vigilar los inocentes.* Vigilemos y recemos asimismo aun cuando nos parezca que no hay sombra de peligro. Una de dos: o somos inocentes o penitentes; si lo primero, acordémonos de qué 'los santos son objeto predilecto de las tentaciones del demonio, porque una sola victoria conseguida sobre ellos trae consecuencias incalculables'. (San Hilario).

'Así como las naves en lastre nada tienen que temer de los piratas, sino solamente las que van cargadas de oro y riquezas; así el demonio, corsario

tenebroso, asalta preferentemente a los justos, que son los que poseen mayores riquezas de virtud de merecimientos'. (San Juan Crisóstomo).

f) *Deben vigilar los penitentes.* Si por el contrario, somos penitentes, recordemos que 'cuando un espíritu inmundo sale del hombre anda por lugares áridos, buscando descanso; y no hallándolo dice: Me volveré a mi casa de donde salí. Y viniendo a ella la halla barrida y bien adornada. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él; y entrando en esta casa fijan en ella su morada. Con lo que el último estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero'. (Luc., XI, 24 y sig.). 'La experiencia diaria enseña que los hombres deseosos de convertirse a Dios son generalmente los más combatidos de pasiones; y que los que pretenden salir de Egipto y huir de las redes del Faraón, son casi siempre los más tentados'. (San Bernardo). Ya seamos inocentes o penitentes, acordémonos de que la falta de oración y de vigilancia es para nuestros enemigos la señal más segura de nuestra flaqueza e inconstancia. 'Cuando los hombres dormían, vino el enemigo y sembró cizaña en medio del trigo, y se fue'. Por eso, 'el que piensa que está en pie vea de no caerse'. (I Cor., X, 12).

Velemos y oremos como si hoy hubiésemos de morir. 'Ten tus pupilas fijas en la muerte; al levantarte por la mañana piensa que es posible que no veas la tarde; y cuando por la noche te acostares no cuentes en absoluto con la siguiente mañana'. (San Basilio).

Ya seamos inocentes o penitentes, siempre nos llegará la muerte por sorpresa. ¡Dulce sorpresa en verdad! porque 'el alma del justo está en las manos de Dios, e ignora lo que de horror tiene la muerte' (Sab. III, 1). 'Bien al revés de los impíos, los cuales temen la venida del Dios justiciero, los buenos y piadosos suspiran por ella ardientemente, confiados en sus buenas obras' (San Bernardo).

(Tomado de Salió el sembrador, Tomo I, pág.467-469, Ed. Guadalupe)